

El hombre desactualizado

Cuando yo era pequeño estaba siempre triste. Recuerdo que el resto de los chicos de mi edad soñaban con ser futbolistas o astronautas, unas aspiraciones que siempre me parecieron irrealizables y bastante simples. Por otro lado, las chicas tenían unos deseos más razonables y realistas, unos anhelos más pegados al suelo, pero como nunca me hicieron demasiado caso, tampoco puedo decirles exactamente qué pretendían o en qué consistían sus maquinaciones. Lo que es seguro, es que no eran tan idiotas como nosotros.

Lo que les contaba, chicos futbolistas, chicos astronautas e incluso había un chico que quería ser político; Dios... ¿Se imaginan a un chico cuya aspiración en la vida era ser político? Tuvo que pasarlo muy mal y me consta que lo pasó muy mal. El colegio, ya saben y los chicos, que pueden ser muy crueles, pero bueno, la verdad es que aquella época no fue fácil para nadie. Supongo que cada uno se aferraba a los sueños que podía o que tenía.

Fantasías aparte, recuerdo bien que mi sueño era más llano y mucho más mundano. Ante aquella recurrente y siempre malintencionada pregunta de familiares y compañeros: “¿Qué quieres ser de mayor?” Yo siempre respondía la misma cosa: Yo quiero ser cartero. Y entonces mi familia me miraba mal, mis amigos me miraban mal y las chicas, bueno las chicas ya me miraban mal de antes, pero lo que ninguno de ellos sabía es que yo ya quería ser cartero desde mucho antes de que ellos me preguntaran, se extrañasen y me mirasen mal.

Yo sólo quería ser cartero, y digo “sólo” no porque no lo considere importante, sino porque en comparación con las aspiraciones y las pretensiones megalómanas de mis compañeros me parecía un oficio más factible, quizá más libre, pero sobre todo más humano.

Estarán conmigo en que hay un fuerte e importante componente romántico que envuelve la figura del cartero. Sin ir más lejos, todos tenemos en mente las polvorientas diligencias del Lejano Oeste tiradas por caballos, pencos y personas hasta fundirse, llanura con sol vespertino justo antes de perderse en el horizonte ¿Bonito verdad? Muchos conservan esta imagen juntos con los indios, los vaqueros, los cuatrerros, el atraco al banco, la pelea en el salón, el duelo a muerte de los pistoleros solitarios y ese John Wayne borracho de los cojones.

Supongo que todos nos quedamos con la parte bonita de la película. Es normal; pero pocos son los recuerdan que la diligencia representaba también al servicio postal y que fornidos e intrépidos carteros

armados con rifles defendían con su vida cada carta del correo que transportaban. ¿Y por qué? Pues porque antes las cartas eran algo importante.

Estarán de acuerdo en ya no se mandan cartas como las de antes, me da igual manuscritas o a máquina, pero con su remite, con su remitente, con la dirección postal completa, con su código postal, sus sellos, matasellos y con un mensaje interior estructurado: membrete, fecha, destinatario, saludo, cuerpo, despedida y al final, la firma: A mano. Así se escribe una carta señores, porque uno tiene que tomarse su tiempo para componer una buena carta, porque en las cartas de antes se contaban cosas necesarias y podías intuir como tu interlocutor sentía la necesidad de interactuar contigo.

Ahora todo es diferente. Internet, ese caballo de Troya, esa caja de Pandora que ha favorecido la globalización y ha sembrado el planeta de correos electrónicos y de mensajes de teléfono móvil. La inmediatez, la brevedad, la deshumanización, los agobios, las prisas, estos son los auténticos males y la cicutu de nuestra época. Mensajes del tipo: *“Hola, soy Sandra. El otro día te vi en la disco. Quieres quedar para tomar algo y follamos??* Sí, parece que la cosa ahora va así, y que además de las formas, se ha perdido el concepto del cortejo epistolar, de carta de amor, de líneas y estrofas, de poesía escrita con tinta color desconsuelo.

Estamos dejándonos corromper por la nueva mensajería instantánea, pero las actuales cartas en formato clásico también dejan mucho que desear. La carta-carta de toda la vida se ha convertido en un cúmulo de ofertas comerciales, vaguedades, pleitesías, mentiras y quejas sin sentido de gente que no te conoce y a la que no quieres conocer. Publicidad aparte, ya saben de lo que les hablo: *“Estimado señor Urrutia (dos puntos), nos congratula comunicarle que ha adquirido usted una desorbitada deuda con nuestra entidad bancaria. Le instamos encarecidamente a que satisfaga dicha deuda a la mayor brevedad no sin antes desearle una feliz Navidad y un próspero Año Nuevo. Le llevamos en nuestras oraciones. Amén”*.

Pero ya nada es como antes ¿No creen? Nos hemos dejado algo en el camino, algo llamado vocación. Mi abuelo también era cartero, cartero rural para ser exactos y hacía el reparto a lo largo de varios pueblos y de aldeas diseminadas por la comarca. Hacía el reparto a pie y sólo a veces cogía una bicicleta destartalada si tenía que llegar demasiado lejos. No disponía de ubicación por satélite ni de mapas interactivos, pero siempre consiguió acercar las cartas a sus destinatarios. Pero no sólo eso, mi abuelo leía las cartas que entregaba, porque en aquella época y en aquella comarca, la mayoría de las personas no sabían leer ni escribir: Qué papeleta; mi abuelo daba las buenas, las malas y las peores noticias de primera mano. Lo hizo sin quejarse, lo hizo con todos y durante todo el tiempo. Le concedieron la medalla de plata al mérito postal, pero en el pueblo ya nadie se acuerda de eso y eso me pone un poco triste.